



# El padre Mier, personaje literario



Las fronteras teóricas que separan la narrativa historiográfica de la narrativa de ficción, a simple vista sólidas e inamovibles, en realidad tienen entradas secretas, pasajes subterráneos, salidas en falso y de emergencia. El edificio de la historiografía, fundado sobre vestigios y documentos —“lo verificable”— y paradigmas explicativos —“lo teóricamente demostrable”—, está siempre tambaleándose. Las hipótesis, las comparaciones, los modelos, etcétera, operan como estructuras sobrepuestas que intentan sostener con puntales, desde afuera, un cascajo siempre a punto de desplomarse sobre quienes utilizan el pasado para defender el presente de las amenazas del futuro, fanático constructor de ruinas.

Quienes ejercen la ficción narrativa lo saben: la mejor manera de preservar el pasado no es momificándolo, como lo pretende la historiografía más ortodoxamente documental, sino haciéndolo renacer de sus cenizas; no se preserva a través de las estructuras rígidas, generalizadoras, del pensamiento teórico, sino a través de las estructuras dinámicas, elásticas, de la imaginación creadora. Y si bien no todos los eventos de la historia ni todos sus protagonistas se prestan a este ballet de figuras entre la imaginación y el dato, hay algunos que poseen una atracción casi irresistible. Veamos el caso del fraile dominico José Servando Teresa de Mier Noriega y Guerra (1763-1827): para los capitalinos, fray Servando; para los regiomontanos, el padre Mier; para todos, el personaje más singular que haya surgido en la historia de México. Un hombre que fue leyenda en vida gracias a sus detractores y que se convirtió en un mito después de muerto por culpa de algunos comentaristas de su persona y su obra.

Desde el rincón apacible donde sus restos esperan la resurrección de la carne —sea una colorida tienda de circo, una vitrina de museo o la urna bajo un monumento—, el padre Mier debe divertirse con

el duelo que su personalidad y sus acciones han provocado entre historiadores y narradores de ficción: los primeros, corrigiéndose datos y refutándose argumentos, tratan de que esa excéntrica figura no desentone tanto del resto de las solemnes efigies de nuestro panteón cívico, mientras que los segundos se divierten exaltando sus hazañas, extravagancias y desafíos.

Mier no le daría la razón ni a unos ni a otros porque tiene un poco de ambos: un escritor que es al mismo tiempo un importante personaje histórico; alguien que en vida se inventó varias veces a sí mismo, se corrigió y aumentó en sus memorias y, de paso, contribuyó a fundar esta dos veces centenaria nación. Para colmo, ya con un pie en el sepulcro, se dio el lujo de señalar las posibles causas de la futura desaparición de la entonces naciente república. Tanta lucidez no es frecuente en nuestros próceres, demasiado propensos a soñar con un mundo mejor, en lugar de ver con ojos bien abiertos el que tenían frente a ellos.

A los lúcidos no les va bien en la historia de México, sobre todo si tienen la costumbre de emitir sus opiniones en lugares públicos, en impresos o donde pueda enterarse una autoridad con poder directo sobre ellos.

## LA VIDA DE SERVANDO TERESA DE MIER [...] TIENE MUCHO DE NOVELESCO Y HA INSPIRADO LA PLUMA DE MÁS DE UN NARRADOR DE TALENTO.

El padre Mier cayó de la gracia del arzobispo Alonso Núñez de Haro, quien lo condenó a diez años de prisión en el monasterio de Las Caldas, en España. Esta condena la provocó, a decir de sus acusadores, el sermón sobre la Virgen de Guadalupe que fray Servando pronunció en la Colegiata el 12 de diciembre de 1794 y que, al principio, todos le celebraron.

En este sermón aportaba un novedoso rasgo al relato de la milagrosa aparición en el cerro del Tepeyac: el argumento de que la imagen de la Virgen de Guadalupe no estaba impresa en la tilma del indio Juan Diego, sino en la capa del apóstol Santo Tomás quien, obedeciendo el mandato de Jesucristo de difundir su palabra por todo el orbe, había encontrado la manera de llegar hasta nuestro continente y predicar entre los naturales, quienes lo llamaban Quetzalcóatl. Todo lo anterior implica que el cristianismo no había llegado a América con la conquista española, sino mucho tiempo antes, en el siglo I de nuestra era.

Desde un punto de vista moderno y laico, este argumento podría considerarse una variación menor dentro de un relato más extenso, del que no altera ni la estructura general ni la esencia de su mensaje. En cambio, los representantes de la autoridad religiosa del virreinato vieron, en este novedoso rasgo del sermón de Mier, un ataque a la tradición del culto guadalupano y, en el fondo, una manifestación de disidencia política de un criollo hacia los peninsulares.

El fraile regiomontano rechazó la acusación e intentó defenderse, pero no fue escuchado. Por eso, en lugar de someterse al dictado de sus superiores y cumplir resignadamente con su reclusión en Las Caldas, incurrió en un acto que lo marcaría de por vida y que lo convirtió de un icono barroco en una figura de la picaresca y, por último, en un personaje romántico: fugarse de toda cárcel donde intentaron retenerlo.

Y así, evadiendo una cárcel tras otra, el fraile prófugo cruzó un océano, dos siglos y dos continentes, pasó por España, Francia, Italia, Portugal, Inglaterra y los Estados Unidos. Finalmente, Servando Teresa desembarcó en las playas de Soto la Marina el 15 de abril de 1817, acompañado de un guerrillero español, un impresor

norteamericano, una imprenta y un contingente de voluntarios. Para entonces, Mier era un fraile secularizado, protonotario apostólico de Su Santidad, prelado doméstico de Pío VII, capellán del Batallón de Voluntarios de Valencia, autor de la *Historia de la revolución de Nueva España* (bajo el cuasi-pseudónimo de José Guerra) y “arzobispo de Baltimore”.

La vida de Servando Teresa de Mier, como él mismo lo descubrió para su mal mientras era interrogado por el alcalde de Madrid (*Memorias* II, p. 205), tiene mucho de novelesco y ha inspirado la pluma de más de un narrador de talento. Pero escribir una novela histórica o una biografía novelada implica el problema de que la ficción narrativa no se resigna fácilmente a esa “función ancilar” —como la llama Alfonso Reyes (1963: 45-74)<sup>1</sup>— que le impone el apego a datos verificables. Dicho de otro modo: la imaginación creadora no se resigna a trabajar como una mera “sirvienta” de los métodos y las estructuras de la historiografía.

En la ficción propiamente dicha, el escritor propone tanto el principio de causa-efecto (argumento), a partir del cual surge y se desarrolla una secuencia de acciones y un esquema de relaciones entre personajes (trama), como el modo de referir su dinámica (narrador, destinatario, punto de vista, orden de secuencias y escenas, etcétera). En cambio, cuando la ficción se basa en hechos reales, el escritor no aporta la secuencia de acciones pero sí debe extraer de ellas una causalidad posible o aceptablemente verosímil.

Recuérdese el célebre ejemplo de E.M. Forster: el historiador escribe que “el rey murió y, un año después, la reina murió”, mientras que el novelista escribe que “el rey murió y, un año después, la reina murió de tristeza”. Además, mientras el historiador debe limitarse a los datos y el memorialista a los caprichos de su temperamento y su memoria, el narrador de ficción puede alternar personajes y hechos reales e imaginarios.

---

1 Véase el capítulo sobre “La función ancilar” (1963: 45-74).



Veamos algunos casos.

a) Las *Memorias* de Fray Servando. Como José Vasconcelos en el *Ulises criollo*, Mier escribió sus *Memorias* no por gusto, sino por necesidad. En ambos casos, se trata de una *apologia pro vita sua*, un alegato de alguien que se siente injustamente tratado y descubre que no tiene otro defensor que él mismo. De lo anterior se deduce fácilmente que el autor también va a hablar en contra de otras personas. Sin duda, esta particularidad suele encontrarse en otros relatos autobiográficos y, con demasiada frecuencia, es el único rasgo de interés que ofrecen. Afortunadamente, esa motivación inicial queda rebasada por el excepcional talento narrativo del educador oaxaqueño y por la insaciable curiosidad y aguda capacidad de observación del fraile neoleonés.

Con frecuencia, Mier ostenta un tono de exposición característicamente forense (en especial, cuando analiza los factores que contribuyeron al fortalecimiento del culto a la Virgen de Guadalupe). Vasconcelos, en cambio, no pocas veces tiende a enunciaciones cercanas al discurso religioso (por ejemplo, cuando exalta el trágico destino de Francisco I. Madero). La paradoja se revela si tomamos en cuenta que el primero es un fraile y el segundo un abogado. Estamos ante dos personajes muy inteligentes, muy cultos y apasionados de sus ideas. A causa del momento histórico que les tocó en suerte, viven la aventura del intelectual que, ante la posibilidad de proponer un nuevo y mejor proyecto de sociedad, deja momentáneamente la reflexión y se ve impelido a la acción.

Aunque el memorialista<sup>2</sup> alega siempre defender la verdad de los hechos y la sinceridad de sus intenciones,

2 Según el diccionario *Larousse*, “memorialista” significa “el que escribe memoriales u otros documentos por cuenta ajena” (lo que lo volvería más afín al término “escribano”). Con todo, algunos autores lo utilizan en el sentido de quien escribe sus memorias y, al mismo tiempo, ofrece un valioso testimonio de la época que le tocó vivir. Así lo hace el crítico tapatío Carlos González Peña al referirse a fray Servando en su *Curso de literatura* (1953: 175). Opino que los textos que integran las *Memorias* de Mier admiten los dos significados, ya que, por su intención, fueron originalmente “memoriales”, en el sentido que también el *Larousse* le da al término “memorial”: “petición escrita en la que se solicita un favor o una gracia”, aunque el fraile lo único que pedía y pidió siempre fue justicia.

tiende inevitablemente a omitir, justificar o reinventar por fidelidad a sí mismo y para que los demás no lo desfiguren o lo nieguen; sabe que, en esta pugna entre la mitificación propia y el desvirtuamiento ajeno, gana el que tiene una inventiva más ágil y una pluma más aguda. Se enfrenta una ficción contra otra aunque, en el caso de Mier, se impone una precisión: él parece estarse reinventando desde antes de escribir sobre sí mismo.

Además, el memorialista tiene, sobre otras figuras históricas, la ventaja de proponer a sus futuros biógrafos un argumento y una trama que le permitan exponer los hechos de su propia vida de una forma más interesante o reveladora, si bien ellos enfrentan el problema de cómo confirmar, refutar o glosar dicha versión.

b) *Fray Servando* de Artemio de Valle-Arizpe. Desde el principio, este escritor saltillense fue consciente de que el padre Mier ya había establecido para los hechos de su vida una trama a la que, complacidos o a pesar suyo, debían someterse los autores que después quisieran escribir sobre él.

De la infancia y adolescencia de Servando Teresa en Monterrey hay muy poco de interés que contar. Así que Valle-Arizpe aprovecha la ocasión para describir los “métodos didácticos” utilizados en las escuelas de la época colonial y cuya aplicación muchos colegios privados y no pocas escuelas públicas prolongaron hasta bien entrado el siglo XX, para aflicción del propio Valle-Arizpe, quien en el siguiente párrafo deja la impresión de haberlos conocido en carne propia:

Se profesaba en tales establecimientos esa persuasiva pedagogía traumática que tenía como base esencial el apotegma de que “la letra con sangre entra”. Con este principio irremplazable y fundamental demostraban todos los maestros de la Nueva España ser los más competentes en el mundo entero. Además, tenían fincados sus enérgicos procedimientos en el antiguo adagio: “Al Azote [sic por “Zote”], lo hace listo el azote”. Así,

muy a conciencia, se enseñaba a leer y escribir, poniendo en juego correas, varejones, palmetas que tenían cinco agujeros en memoria de las cinco llagas del Señor, y hasta se utilizaban para tan nobles fines singulares cachetizas, muy sonoras, pellizcos bien retorcidos y buenas trompadas, cayeran donde cayesen, que eso no importaba gran cosa para la eficacia singular del método [p. 273].

En realidad, la verdadera biografía de fray Servando comienza con el sermón que dio en la Colegiata. Valle-Arizpe disculpa los excesos del sermón sobre la Virgen de Guadalupe, argumentando que Mier, en su afán de hacer algo original y no el aburrido discurso de siempre, se apoyó en las investigaciones sobre jeroglíficos indígenas hechas por el licenciado Ignacio Borunda, a quien el saltillense hecha toda la culpa, llamándolo “loquesco” y “soflamero” y haciendo de su retrato toda una caricatura:

Este formidable Ignacio Borunda era un viejo chiflado, salido enteramente de quicio, que graduaba su locura de docta y su ignorancia de sabiduría. Se expresaba únicamente con ampulosos adefesios, pues traía siempre el juicio vuelto del revés. Era muy gordo este estrafalario Borunda; por todas partes le colgaba floja y flácida la carne, en un derrame incontenido. Hablaba bajando la voz a un bisbiseo de confesión, y luego, progresivamente, la iba subiendo, subiendo, engrosándola cada vez más y más, hasta aparearla al hueco fragor de un cañonazo. Entonces, parece que hasta se desprendían pedazos de enjarre de las paredes, que se bamboleaban los cuadros, y crujía de modo alarmante el envigado [p. 281].

Después de ese “sermón de las desdichas”, a decir de Valle-Arizpe, la vida de Servando Teresa inicia su itinerario de prisiones y fugas y su peregrinar de un país a otro, hasta que pudo volver a la convulsionada Nueva España para participar en la lucha insurgente junto a Francisco Javier Mina, padecer sus últimas prisiones en la isla de San Juan de Ulúa y, ya en la ciudad de México, en el convento de Santo Domingo y el Palacio de la Inquisición y acabar

sus días, muy deteriorado físicamente, en Palacio Nacional, como huésped del presidente Guadalupe Victoria (triumfalista pseudónimo del general Félix Fernández).

Algunos —Valle-Arizpe entre ellos— hubieran querido que el capítulo final de la vida del padre Mier fuera ese momento solemne cuando su amigo y rival político, el coahuilense Miguel Ramos Arizpe, en su calidad de ministro de Justicia y Negocios Eclesiásticos, le proporcionó los santos óleos durante una ceremonia ocurrida en Palacio Nacional el 16 de noviembre de 1827, a la que Mier invitó a todo el mundo como si se tratara de una fiesta. En realidad, su momento culminante como figura pública se verificó el 13 de diciembre de 1823, cuando pronunció ante el congreso constituyente el célebre discurso “Profecía del doctor Mier sobre la Federación Mexicana”, conocido comúnmente como el “Discurso de las profecías”.

Vale aquí una comparación que, aunque odiosa, es muy ilustrativa. El capítulo final, donde Valle-Arizpe narra la ceremonia de los santos óleos, es descrita con elegancia y prolijidad. En contraste, el relativo al desempeño de fray Servando como diputado por la provincia del Nuevo Reyno de León ante el congreso constituyente incluye apenas estas pocas líneas sobre el célebre discurso “profético”: “impugna el sistema federativo absoluto y pronostica que su implantación traería la guerra y el desmembramiento del territorio patrio, y sostiene la necesidad de un gobierno republicano central o, al menos, federalista templado” (pp. 351-352). Acto seguido, se cita el siguiente fragmento:

Yo siempre he estado por la federación [esas fueron sus palabras, *apunta Valle-Arizpe*], pero una federación razonable y moderada, una federación conveniente a nuestra poca ilustración y a las circunstancias de una guerra inminente que debe hallarnos muy unidos. Yo siempre he opinado por un medio entre la federación laxa de los Estados Unidos, cuyos defectos han patentizado muchos escritores, y que allá mismo tiene muchos antagonistas, pues el pueblo está dividido entre federalistas y demócratas; un medio, digo, entre la federación laxa de los Estados Unidos

y la concentración peligrosa de Colombia y del Perú: un medio en que, dejando a las provincias facultades muy precisas para proveer a las necesidades de su interior y promover su prosperidad, no se destruya la unidad, ahora más que nunca indispensable para hacernos respetables y temibles a la Santa Alianza, ni se enerve la acción del gobierno, que ahora más que nunca debe ser enérgica para hacer obrar simultánea y prontamente todas las fuerzas y recursos de la nación. *Medio tutissimus ibis*. Éste es mi voto y mi testamento político [p. 352].

A decir verdad, el escritor saltillense parecía más interesado en ponderar la “voz de plata” de su personaje que en analizar en detalle el mensaje que dicha voz profería.

Con todo, Valle-Arizpe procuró respetar la trama vital que Mier planteó en sus *Memorias* y se limitó a desplegar su albedrío creativo en el plano del discurso. El fraile fugitivo escribió desde el “yo”; el escritor colonialista, desde el “nosotros”. Se trata de la voz colectiva de esas tertulias que, durante el siglo XIX, se formaban en los cafés, las librerías y algunos establecimientos comerciales, las cuales tanto admiraba y disfrutaba el autor de *La Güera Rodríguez* (1949) y a las que dedicó un sentido texto: *Victoriano Salado Álvarez y la conversación en México* (1932); tertulias en las cuales, a decir de don Artemio, se adquiría erudición y se desarrollaban armas para depurar el estilo literario, pero en las que también se ejercía casi como un oficio una maledicencia reticente y refinada, a través de la cual se denunciaban los prejuicios ajenos para de ese modo defender los propios.

Valle-Arizpe escribe como si fuera uno de esos tertulianos, pero también como admirador del período virreinal y enemigo de las revueltas armadas que amenazaban la tranquilidad de este erudito y muy católico señor. Valiéndose de ese recurso que aportaron las mujeres a las conversaciones de salón —el matiz—, don Artemio se las ingenia para expresar, de un modo

indirecto y a la vez claramente intencionado, su opinión sobre personas, acciones y dichos. Véase la manera como narra lo sucedido durante la última fuga del ya para entonces diputado Mier:

Fray Servando pensó fugarse de Santo Domingo, y ni para qué decirlo: se escapó; tampoco hay que decir aquí que no le podía faltar entonces su hado funesto, pues dio la vuelta más de prisa que se fue, y se le puso a la sombra en la cárcel de la corte. Unas apacibles beatas, muy suaves, muy melindrosas, muy seráficas, en cuya casa se refugió, lo denunciaron santamente, acaso con el dulce propósito de que fuese un bienaventurado por sufrir persecuciones de la justicia. Nunca faltan buenas almas y excelentes intenciones. Dios les haya pagado a esas señoras el bien que le quisieron hacer. ¡Beatillas locas! [pp. 347-348].

c) *El mundo alucinante*. Una novela de aventuras de Reynaldo Arenas. En un breve párrafo que sigue a los epígrafes, este novelista cubano anuncia que va a contar la vida de fray Servando “tal como fue, tal como pudo haber sido, tal como a mí me hubiese gustado que hubiera sido”, con lo cual sólo está glosando esa parte de la *Poética* donde Aristóteles plantea la diferencia entre la forma como el historiador y el poeta abordan los hechos: el primero, tal como fueron; el segundo, tal como le hubiera gustado que fueran. Pero ninguno de los dos puede renunciar a lo que pudo haber sido, esa tierra de en medio donde entran en crisis tantas teorías de la historia y se reinventan muchas poéticas de la historiografía.

Esto obliga a Arenas a iniciar su novela tres veces: usando una voz narrativa en primera persona, luego en segunda persona y, por último, en tercera persona. Este ir y venir de una voz narrativa a otra es una constante de la novela. Además, la relación de estas voces no siempre es complementaria y tiene pasajes donde llega a ser conflictiva, al grado de que una voz narrativa puede desmentir o contradecir a las otras.

**MIER, SIN DUDA, ESTARÍA DE ACUERDO CON ARENAS, AL CONSTATAR LA FACILIDAD CON LA QUE LOS HECHOS REALES SON RÁPIDAMENTE CONTAMINADOS DE FICCIÓN.**

Por otra parte, llama la atención la insistencia del autor cubano en que sus editores no eliminaran de la portada el subtítulo “novela de aventuras”. Temía acaso que, si llegaban a omitirlo, el lector llegara a creer que el libro ofrecía una reconstrucción escrupulosamente fiel a la “verdad histórica” de los hechos.

Mier, sin duda, estaría de acuerdo con Arenas, al constatar la facilidad con la que los hechos reales son rápidamente contaminados de ficción. Acerca de los informes indígenas sobre las apariciones de la Virgen de Guadalupe, el fraile escribe:

Ésa es la fama a la que se refirieron los testigos indios de 1666, sucediéndole lo que siempre sucede a la fama: que adquiere cuerpo y fuerzas con el progreso del tiempo, y se añaden circunstancias, y si los poetas intervienen con sus cantares, a que los indios eran muy dados, o ponen la cosa en solfa de comedia, se erige sin disputa la patraña toda en una tradición popular, que si es piadosa no se puede atacar sin riesgo, especialmente si la ha logrado canonizar algún devoto imbécil con la imprenta y las licencias necesarias para ella [*Memorias*, t. I, p. 73].

Jorge Luis Borges, en su cuento “El inmortal”, coincide indirectamente con el dominico cuando nos pone en guardia frente a la abundancia de rasgos circunstanciales en un relato presuntamente verídico, ya que “esos rasgos pueden abundar en los hechos, pero no en su memoria” y observa que ese procedimiento se aprende en los poetas y “todo lo contamina de falsedad” (Borges, 1980: 160-1).

Sin duda, el olvido borra de la memoria los rasgos circunstanciales de los hechos y la historiografía tiende a omitirlos, pero son precisamente estos rasgos los que el lector le exige al narrador, porque mantienen su interés. “Cuéntamela *con lujo de detalles*”, ruega el escucha a quien platica una anécdota. Lo mismo que en las novelas de detectives y en los melodramas televisivos, lo importante no es tanto *qué* sucede, sino *cómo* se llega al desenlace. Ya lo decía E.M. Cioran: “Existe un placer que es nuestro: el del conflicto *como tal*” (2002: 121).

Así, para los hechos históricos de la biografía de Mier, Valle-Arizpe y Arenas imaginaron esos rasgos

circunstanciales que, como narradores de ficción, estaban conscientes de que los exigiría la quisquillosa credulidad del lector, a quien le irrita que una ambientación vaga, una causalidad ambigua o una trama fragmentaria estropeen la verosimilitud del relato.

Valle-Arizpe satisface esa exigencia a través de crear atmósferas en las que están cuidadosamente detallados los escenarios, los rasgos físicos y los ademanes significativos. Arenas, en cambio, la resuelve a través de la hipérbole, de una exageración que incide tanto en la apariencia como en la conducta de los personajes. Por ejemplo, al hablar de la baja estatura de los madrileños, Mier alude a una ocasión en que estuvo jugando con una niña que el creía de nueve años y resultó tener dieciséis (*Memorias*, t. II, p. 160). Arenas, al retomar esta anécdota, hace que la supuesta niña, “que no medía más de dos pies”, confiese haber cumplido ya treinta años (*El mundo alucinante*, p. 117).

Y así como Valle-Arizpe caricaturiza a Borunda, Arenas de plano lo convierte en una especie de Gargantúa que vive en una cueva llena de murciélagos y quien, a la hora de mostrarle un códice a Mier, desenrolla un lienzo que se extiende a lo largo de kilómetros y kilómetros.

Para apreciar mejor dicho mecanismo, tomemos este pasaje de las *Memorias*, donde fray Servando cuenta cómo, en su primera visita a Madrid, tuvo que compartir vivienda con “un americano muy pobre”:

Aunque vivíamos los dos bajo una puerta común, nuestras habitaciones eran inconexas y enteramente independientes, sin que se supiese en la una lo que entraba o salía a la otra. Y dicen que a mi compañero lo visitaban algunas mujeres, lo que no era de extrañar, porque era ya muy antiguo en Madrid y tenía muchos conocimientos. Viéronlas entrar por la puerta común los agentes del arzobispo, que tenían puestas espías sobre todos mis pasos para ver si hallaban con qué desacreditarme ante el Consejo, pues ya se sabe que en los tribunales españoles los artículos más impertinentes no lo son, y aun son decisivos en los tribunales de gobierno, y dieron aviso a todos los alcaldes de Madrid, hasta a los de Corte, para que nos cayesen de noche y resultase el escándalo que siempre resulta contra eclesiásticos en semejante materia. Por ahí se

les procura hacer siempre el tiro para deshonrarlos [Memorias, t. I, pp. 263-264].

Valle-Arizpe y Arenas se ocupan de reformular este incidente cada quien a su manera. El primero aprovecha el episodio para escribir un pasaje cargado de ironía, donde hace burla de la doble moral y del ambiguo lenguaje que la encubre:

Va a vivir [Mier] con un padre americano, bendito varón. ¡Dios lo haya perdonado! Este buen páter tenía dares y tomares con señoras —desde luego, muy santos dares y tomares— que concurrían en su habitación, claro está que a nada malo, ni feo, cosa imposible, ¿quién creería eso? Iban, es evidentísimo, en las horas nocturnas, que, especialmente, elegían para sus visitas, por lo sosegadas y quietas que son, ya sin el terrible bullicio del día, con el cual no se puede reconcentrar el pensamiento. Esas damas, como es natural, iban únicamente a extasiarse oyendo al fraile que les predicara, de modo precioso, sobre los inefables goces de la vida eterna, los medios eficaces para evitar las sucias tentaciones de la carne, y lo muy provechosas que son unas cuantas tandas de disciplinazos para castigar las rebeldías del cuerpo, “el hermano asno”; y les sermoneaba, con linda palabra, otras cosas así de útiles e interesantes. Aquello era edificante [Fray Servando, p. 293].

Arenas, al ocuparse de este pasaje, deja de lado toda reticencia y describe en forma clara, directa y detallada eso que Mier apunta escuetamente y Valle Arizpe adorna de insinuaciones:

Y he aquí que voy asomándome con gran trabajo hacia el interior de la habitación; y he aquí que estoy viendo al padre, completamente desnudo y sudoroso, con el miembro más tieso que una piedra y apuntando como una vara, paseándose entre aquellas señoras arrodilladas en corro, y sin dejar de recitar sus prédicas en latín. Así caminaba el padre por entre todo el ciclo de mujeres. Ellas lo miraban extasiadas y a cada momento sus rostros reflejaban la ansiedad y la lujuria, desatada ya en el cura, que seguía caminando rítmicamente, mientras su miembro adquiría proporciones increíbles, tanto que temí llegara hasta donde yo estaba, traspasando

la puerta... Así pude comprender que todo aquello no era más que los preparativos para lo que luego se desataría en aquel lugar. De manera que la ceremonia avanzaba. Y las damas, desesperadas y con las manos muy unidas, rodeaban de rodillas al fraile. Y he aquí que el cura coge aquella parte tan desarrollada, y con las dos manos la empieza a introducir trabajosamente en la boca de cada dama arrodillada (a manera de hostia) que, en una actitud de plena adoración e idolatría besaba, engullendo gozosa toda su proporción, que el padre retiraba al instante para satisfacer las siguientes solicitudes. Las damas se desesperaban por la llegada de su turno [El mundo alucinante, pp. 112-113].

A pesar de su apariencia delirante, tales hipérboles se limitan a poner en marcha una lógica de los hechos implícita en las *Memorias*. Dicho de otro modo, fray Servando aporta los “predicados de base”, como dicen los estructuralistas, y Arenas los desarrolla llevando su causalidad más allá de los límites de lo verosímil, valiéndose de aplicar a las relaciones de causa-efecto de los hechos un recurso que con el tiempo sería considerado como uno de los más emblemáticos del “realismo mágico”: tomar lo metafórico en sentido literal. Así lo hace Arenas cuando plantea que, para poder escribir, Mier, a falta de velas, se iluminaba “con los destellos de los ojos de las ratas” (*El mundo...*, p. 89).

Las *Memorias* del regiomontano fueron como semillas que hallaron en la imaginación del cubano una tierra muy fértil donde germinar. Borges vio un proceso semejante en los traductores de las *Mil y una noches* y en FitzGerald, quien vertió al inglés al poeta árabe Omar Hayyam:

Rossetti y Swinburne captaron la belleza de la traducción, pero nosotros nos preguntamos si habrían captado esa belleza en el caso de que FitzGerald hubiera presentado los *Rubáiyát* como un original (en parte era original) más que como una traducción. [...] Y me pregunto si a FitzGerald se le hubiera consentido el “lazo de luz” (“noose of light”) y el “torreón del sultán” en un poema suyo. (Borges, 2001: 88)

Si no fuera por este trabajo de traslado y recreación, tal vez dichos traductores no se hubieran atrevido a decir y a firmar con su propio nombre ciertas cosas que, en

cambio, sí se sentían en libertad de atribuir a un autor de otra época o derivar de una obra proveniente de otra cultura.

Y a quienes crean que estas transgresiones en la verosimilitud del relato son “licencias poéticas” aportadas por el “realismo mágico” de los novelistas del “boom” latinoamericano, yo los invitaría a repasar las páginas de Voltaire, cuya novela *Cándido* (1759) no sólo anticipa la forma de narrar de los magicorrealistas, sino que tiene un protagonista cuyas desventuras prefiguran en buena medida las que padecería Mier. Incluso *Cándido* halla a su Borunda en el doctor Pangloss.

Acercas de estas similitudes, llama la atención la constante apelación del fraile a su propia candidez. Valle-Arizpe en el libro ya comentado y Alfonso Reyes en su prólogo a una edición madrileña de las *Memorias* (1917), citan esta misma frase: “No está en mi mano tener malicia”. Pero ésa es sólo una de las muchas que aparecen a lo largo del texto de fray Servando: “Yo también soy sencillo”, “Lo que tengo... es un candor inmenso”, “Mi candor excluye todo fraude”, etcétera. Y en medio de tanta efusión de humildad, de pronto suelta esta joya: “En toda la América no había quien pudiera excederme en nobleza” (*Memorias* I, p. 114).

**Post-scriptum:** Mientras redactaba este ensayo, me enteré de que, el año pasado, la Editorial Lectorum había publicado una nueva edición del *Fray Servando* de Valle-Arizpe y que la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Autónoma de Nuevo León había realizado, con motivo del Bicentenario, una edición especial de las *Memorias* del padre Mier, cotejada, revisada y anotada por el maestro e historiador Benjamín Palacios Hernández, la cual lleva el profético título de *Días del futuro pasado*.

Revisé ambas ediciones. La de Lectorum no tiene más aportación que presentar el texto de Valle-Arizpe en un volumen más manejable que la del FCE. La edición de la UANL, en cambio, aporta una bibliografía y un cuerpo de notas muy ilustrativos, además de una introducción donde Palacios Hernández hace una severa crítica de las anteriores ediciones de las *Memorias* y de varios trabajos sobre el padre Mier escritos por investigadores mexicanos y extranjeros. Como dato curioso, Palacios dedica la última parte de su introducción a señalar todas las

fallas que encontró en el libro *Vida de Fray Servando* de Christopher Domínguez Michael y observa que la manera como el ensayista coyoacanense aborda a Mier y a otras figuras históricas en su “biografía hostil” evidencia “un criterio propio de la *high society*” (*Días del futuro pasado*, t. I., p. 87)☞

#### Bibliografía

- Arenas, Reynaldo (2009). *El mundo alucinante. Una novela de aventuras*. 2da. Ed. México: Tusquets Editores, (Fábula 177).
- Domínguez Michael, Christopher (2004). *Vida de Fray Servando*. México: Ediciones Era / INAH / Conaculta.
- Mier, Fray Servando Teresa de (1988). *Memorias*. Dos tomos. 4ª. Ed. Edición y prólogo de Antonio Castro Leal. México: Editorial Porrúa. (Colección de Escritores Mexicanos 37 y 38).
- Mier, Fray Servando Teresa de (2009). *Días del futuro pasado. Las Memorias de fray Servando Teresa de Mier*. Dos tomos. Edición cotejada y revisada, introducción y notas de Benjamín Palacios Hernández. Monterrey: Facultad de Filosofía y Letras de la UANL.
- Valle-Arizpe, Artemio de (2000). *Fray Servando en Obras*. Tomo I. Edición y prólogo de Juan Coronado. México: Fondo de Cultura Económica (Letras Mexicanas).
- Valle-Arizpe, Artemio de (2009). *Fray Servando*. Prólogo de Christopher Domínguez Michael. México: Editorial Lectorum.

#### Referencias

- Aristóteles (1989). *La poética*. Versión e introducción de Juan David García Bacca y prólogo de Emilio Carballido. México: Editores Mexicanos Unidos.
- Borges, Jorge Luis (1980). “El inmortal” en *Nueva antología personal*. Barcelona: Editorial Bruguera (Club Bruguera 2).
- Borges, Jorge Luis (2001). *Arte poética. Seis conferencias*. Traducción de Justo Navarro, prólogo de Pere Gimferrer, edición, notas y epílogo de Calin-Andrei Mihailescu. Barcelona: Editorial Crítica.
- Cioran, E.M. (2002). “Carta sobre algunas aporías” en *La tentación de existir*. Versión de Fernando Savater. Madrid: Suma de Letras (Punto de lectura 120 / 2).
- González Peña, Carlos (1953). *Curso de literatura*. 5ª Ed. México: Editorial Patria.
- Reyes, Alfonso (1963). *El deslinde. Prolegómenos a la teoría literaria en Obras Completas*. Tomo XV. Nota preliminar de Ernesto Mejía Sánchez. México: Fondo de Cultura Económica.
- Reyes, Alfonso (1956). “Fray Servando Teresa de Mier” en *Obras Completas*. Tomo III. México: Fondo de Cultura Económica.
- Vasconcelos, José (1983). *Ulises criollo*. México: FCE / SEP (Lecturas Mexicanas II y 12).
- Voltaire (2008). *Cándido o el optimismo*. Monterrey: Agencia Promotora de Publicaciones (Biblioteca de Literatura Universal).

